

## EL SANTUARIO DE LA ENCINA.



El santuario de la Virgen de la Encina, situado como á un kilómetro de esta modesta y noble villa de Arceniega, acaba de ser restaurado despues de cerca de diez años de prodigios de inteligencia y de amor á la Religion y al arte de su digno capellan y vicario del partido eclesiástico el Sr. D. Santos de Retes, auxiliado por la generosidad, la piedad y la ilustracion de personas cuya modestia se ofenderia si yo las nombrase.

Quisiera yo emplear letras legibles á muchas leguas de distancia, para decir que todo forastero que visite este rincon de España, interpuesto entre el Océano y el Ebro, debe aprovechar la ocasion para hacer extensiva su visita al santuario de la Virgen de la Encina, una vez restaurado este santuario, que indudablemente, ó cuando ménos, acaso sea la joya artística de más mérito de la region basco-nabarra.

Y tanto ménos debe el forastero omitir la visita al santuario de Arceniega, cuanto esta villa sólo dista de Bilbao cinco leguas, que se recorren por amenísimos valles, como lo es el de Gordejuela, que sucede á las riberas bajas del Cadagua.

Causa verdadera admiracion el que no exista monografia alguna del santuario de la Encina, y en los Diccionarios geográficos é históricos sólo se le dediquen algunos renglones tan pálidos de color como faltos de verdad histórica. Por ejemplo, á ninguno de los susodichos Diccionarios le ha ocurrido decir que al desembarcar el emperador Cárlos V. en la costa cantábrica, despues de penosísima y peligrosa navegacion, para ir á encerrarse en vida en el sepulcro de Yuste, los dos primeros pensamientos que le ocurrieron fueron estos: arrodillarse y besar la tierra en la playa española, é ir á arrodillarse y besar la que nutria á la santa encina de Arceniega, en cuyo ramaje se habia aparecido la Madre de Dios, rodeada de ángeles.

¡Qué emocion tan honda, y por tanto tan inexplicable para pluma y lengua tan torpes como las mías, sentí ayer al arrodillarme ante el asombroso monumento de piedad y de arte que constituye el admirable retablo costeadó por aquel monarca, y la que siento al escribir estos renglones en el pupitre donde el glorioso emperador escribió el voto de su piedad y munificencia, de que da grandioso testimonio aquel retablo!

Me siento tan pequeño en saber y elocuencia ante la grandeza religiosa y artística de la basílica de Arceniega, que creeria incurrir en la mayor vergüenza de mi vida literaria si ensayase la descripción del Santuario de la Encina. Quede esta tarea para inteligencias cuya grandeza contraste con la pequeñez de la mía. Cuando la emocion que ahora siento sea ménos honda y me permita dar á mi cabeza siquiera algo de lo que en este instante doy á mi corazón, volveré á hablar del Santuario de la Encina, y no olvidaré que la magnífica restauración de este se ha hecho extensiva á la iglesia parroquial de la noble villa, merced al mismo piadoso é ilustrado sacerdote, y merced á la misma piedad, ilustración y munificencia que ha venido en su auxilio para realizar sus proyectos, consagrados á la gloria de Dios, del arte y de la pátria.

ANTONIO DE TRUEBA.

Arceniega, 30 de Mayo de 1887.

